

*Un promotor de la renovación pedagógica española:
Manuel Bartolomé Cossío¹*

*M^a de los Ángeles Castro Montero
Universidad Católica Argentina, Buenos Aires*

«La educación y la escuela en España, como en todas partes, son temas que, *a priori*, parecen austeros. Se abordan con recelo e inspiran tedio. Más a medida que mi investigación se precisaba y ampliaba en su estudio me parecía del más vivo interés»². Esta cita de Ivonne Turin parece resumir e interpretar fielmente mis propios recelos con respecto a esta temática. Sin embargo, resulta decididamente apasionante internarse en lo que representó el problema de la enseñanza en España en la segunda mitad del siglo XIX y la tres primeras décadas de éste; observar que las cuestiones educativas agitaron los espíritus y fueron discutidas por la prensa, en la tribuna, en las sociedades científicas y en la calle. No solamente promovieron el debate sino que constituyeron un problema en una sociedad y en un Estado que trataban de conciliar las creencias tradicionales de España y las nuevas corrientes de pensamiento que la Gloriosa Revolución de 1868 y la Primera República tan violentamente habían revelado.

Un establecimiento que se halló indisolublemente unido a los acontecimientos políticos de la Restauración de la dinastía borbónica con la monarquía de Alfonso XII, -proceso que sucedió a la primera experiencia republicana- y a las cuestiones de educación, planteadas con un estricto rigor científico, fue la Institución Libre de Enseñanza. La historia del movimiento cultural de España de fines de siglo, movimiento que ha sido bautizado como la Edad de Plata, según José Carlos Mainer, «se encuentra asociado al poderoso intento de reforma nacional, entiéndase ésta como cambio ético, pedagógico, estético, y por ende político, que significó la Institución Libre de Enseñanza, el más coherente y sostenido intento de configurar la vida de este país según los principios de la cultura europea moderna»³. Acerca del significado de la

¹ Este trabajo fue presentado en la *I Jornadas de Pensamiento español*, en la Fundación Ortega y Gasset Argentina, Buenos Aires, 23 de agosto de 1996.

² TURIN, Y., *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902*, Madrid, 1967, p. XVII.

³ CACHO VIU, V., *La Institución Libre de Enseñanza*. Prólogo de Florentino Pérez Embid, Madrid, Rialp, 1962, p. 5.

Institución Libre de Enseñanza existen numerosos escritos de enorme valor como también sobre su mentor esencial, Don Francisco Giner de los Ríos. Al hablar de Giner es insoslayable resaltar la presencia de quien fuera su continuador y más estrecho colaborador en el campo institucionista. Nos referimos a Manuel Bartolomé Cossío. La historia reciente de la educación española no es fácilmente comprensible al margen de este gran pedagogo de la ILE, director del Museo Pedagógico Nacional, «descubridor» de El Greco, primer catedrático de Pedagogía en la Universidad española, alma de las Misiones Pedagógicas y decidido promotor de la renovación educativa de España. Cossío, con un sello propio y distinto, presentó un perfil diferente y complementario de su maestro y padre espiritual. Ambos se profesaron un respeto y un afecto que alcanzaba la esfera de lo íntimo y familiar, según señalaron aquellos que conocieron a los dirigentes indiscutibles, e incluso míticos, de la Institución Libre de Enseñanza.

La vitalidad creadora de la Institución Libre fue amplísima. No podemos olvidar que grandes figuras de la cultura del fin de siglo español tuvieron buenas relaciones con ella y participaron en grados diferentes de su doctrina, entre ellos podemos citar a Benito Pérez Galdós, Antonio Machado, Azorín, Pío Baroja, Leopoldo Alas. Inmersos en ese ambiente cultural que ellos mismos contribuyeron a desplegar, podemos asimismo dar nota de una de las instituciones más emblemáticas de la cultura española, un centro impregnado y sostenido por el hábito de los institucionistas: nos estamos refiriendo a la Residencia de Estudiantes. Dicha casa, dirigida por Alberto Jiménez Fraud, quien fuera yerno de Cossío, congregó a personalidades descollantes entre sus jóvenes residentes, entre ellos podemos nombrar al gran Federico García Lorca, a Salvador Dalí, a Luis Buñuel.

Otra de las grandes fundaciones alimentadas por el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza era la Junta para la Ampliación de Estudios, organismo ministerial -uno de sus directores fue el célebre premio Nobel de Medicina, Santiago Ramón y Cajal-. Este centro estaba encargado de conceder becas de postgrado a todos los profesionales determinados a europeizar España, por abrir las fronteras espirituales, por entrar en contacto con los diversos pueblos. Claudio Sánchez Albornoz consideró «...la creación de la Junta para la Ampliación de Estudios y de Investigaciones Científicas, el hecho más decisivo de la historia cultural hispana contemporánea... Una generación de investigadores... se dieron a la patriótica aventura de asomarse a Europa y de empezar a trabajar conforme a los métodos científicos modernos... Les unía una misma concepción de la necesidad imperiosa de renovar la vida espiritual española con aires de Europa»⁴. Una vez imbuídos de ese bagaje vital e intelectual, los becarios tenían la responsabilidad de volcarlo en la renovación de las estructuras españolas. En 1921 se había propuesto a la Junta la presencia de Cossío, en Buenos Aires, para que se encargara de ocupar una cátedra en la Institución Cultural Española,

⁴ SANCHEZ ALBORNOZ, C., «En el centenario de Hinojosa», *Cuadernos de Historia de España*, T. XVII, 1952, pp. 5-19.

sostenida por españoles y amigos de España. Por ella desfilaron Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Rey Pastor. Los temas que debería haber impartido eran los relacionados con sus especialidades, la «Historia de la pintura» y «Movimiento pedagógico». Desafortunadamente, por motivos personales le fue imposible aceptar estas cátedras en nuestra ciudad.

En todo intento de aproximación a una figura de la talla de Cossío se nos descubre «una articulación que revela al individuo como a la comunidad social con la cual él quiere vincularse»⁵. Es una historia que presenta profundos matices, que relata una parte de la vida del espíritu de una sociedad y al mismo tiempo de algunos grandes hombres que quisieron imprimir un nuevo giro a la realidad que les tocaba vivir, nuevo giro más inspirado en las corrientes del presente, de su aquí y ahora para poner proa de cara al futuro. Esto no quiere decir, en absoluto, que este grupo de institucionistas o de algunos que presentaban una raíz filokrausista en su pensamiento, no se sintieran profundamente impregnados de sus tradiciones y ligados a su tierra y presentaran hacia ellas un respeto, una veneración cuasi mística, como fuente y principio a los que se debía volver para iniciar un camino. De ninguna manera se proponían romper con un pasado rico en virtudes, con un paisaje pleno de tesoros artísticos que redescubrir y valorizar. Precisamente a una de estas tareas se abocó Cossío. Los estudios sobre Cossío han resaltado más su vocación pedagógica que artística; esta faceta de su personalidad reclama y suscita nuevos estudios.

Cossío emprendió una tarea de selección, de rescate y de revalorización del patrimonio artístico entendido éste como depósito de las virtudes de una raza -la influencia del historicismo romántico germánico se hace evidente-. Marichal nos acerca una explicación: «España es una raza como Alemania y el individuo que quiera cortar sus raíces no llegará nunca a ser el mismo, no llegará a poder desplegar las peculiaridades espirituales que en él se encuentran...»⁶; es una raza maltrecha por el paso de las malas políticas de las centurias anteriores. Como dice Joaquín Xirau, alumno de Cossío y uno de sus primeros biógrafos: «Giner y Cossío fueron figuras españolísimas, inconfundibles en su fisonomía íntimamente vinculada a todas las tradiciones peninsulares». Acerca de sus intentos de aproximación a las nuevas corrientes que agitaban a la intelectualidad de aquella época, Xirau afirma: «Se asimilaron e incorporaron a su espíritu la filosofía alemana, el espíritu de la educación inglesa, los ideales políticos de la Francia republicana. Pero, al hacerlo, les prestaron el sello de su alma profundamente española... Cossío y Giner realizan el esfuerzo más serio y eficaz para incorporar a la España contemporánea y a través de ella al espíritu universal las más puras esencias de la más genuina tradición»⁷. Pero antes que nada una pregunta se nos impone, ¿Cuál ha sido su aportación al pensamiento pedagógico

⁵ MARICHAL, J., *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, 1984, p. 15.

⁶ MARICHAL, J., «Personas y sociedad en la España moderna (1837-1936)», *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, 1984, p. 130.

⁷ XIRAU, J., citado en *Antología Pedagógica*, selección de textos, presentación y bibliografía por Jaume Carbonell Sebarroja, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1985, p. 9.

de su país? ¿Qué causas explican una dedicación tan celosa por los problemas pedagógicos? Posiblemente un bosquejo de respuesta nos oriente: por un lado, el pensamiento krausista recibido de la mano de Giner conlleva una concepción del hombre armónico e integrado con la cultura y el arte -dimensión prominente de todo su quehacer y personalidad-; esta visión antropológica particular lo conduce a una vida al servicio de la renovación general de país, desde un punto de partida que tanto él como su grupo consideraron como un insustituible basamento: la educación nacional. Hay en Cossío un conjunto de temas coincidentes en una preocupación arraigada por el «mejoramiento de la educación nacional a base de la escuela y su acción social»⁸. «Si el problema de España era un problema de educación, había que empezar por la base, no por la cúspide»⁹. Esta es también la razón por la que Cossío se preocupó tanto por las cuestiones de la Primera Enseñanza en España. Lo que hoy nos importa es mostrar a un público interesado algunos de los matices principales de la sociedad en la que Cossío llevó adelante su programa educador, así como el sentido y alcance de tal programa. Tres columnas nos sostienen en esta presentación de mi tesis de licenciatura: su pensamiento pedagógico, las instituciones educativas en las que tomó parte y su arraigada vocación estética.

En 1934 Cossío fue distinguido como Ciudadano de Honor de la República. Ha sido el primer español en recibir tal dignidad, que sólo se concedería a otro español ilustre, Miguel de Unamuno. A pesar de la enorme gravitación del quehacer de Cossío en el campo educativo y su valiosísima aportación a los estudios de El Greco nos encontramos que para mucha gente, hoy en España, no representa más que un vago recuerdo. Posiblemente haya existido durante muchos años la deliberada intención de echar un manto de olvido sobre tantas personas como ideas y empresas. Sus propuestas para la renovación educativa de un Estado parecen no envejecer, a pesar de que algunas de ellas fueron formuladas hace más de un siglo. Sin embargo, por las razones que anteriormente mencionamos, son muy pocos los trabajos que han visto la luz. El primer estudio monográfico pertenece a Joaquín Xirau, publicado en 1945 en el Colegio de México. Entre las primeras biografías de Cossío también se cuentan *El pensamiento vivo de Cossío*, por Luis Alvarez de Santullano. Tras una larga interrupción de casi cuarenta años aparecieron dos monografías sobre dos de las ocupaciones más indiscutibles de Cossío: las *Misiones Pedagógicas* de Eugenio Otero Urtaza, en 1982; y el *Museo Pedagógico Nacional*, de Ángel García del Dujo, publicada en 1985. Otero Urtaza ha preparado su tesis doctoral sobre la trayectoria vital y educativa de Cossío, esta labor mereció el I Premio Nacional de Investigación Educativa; hasta la fecha este estudio sobre Cossío es el último del que tenemos noticias.

⁸ ALVAREZ de SANTULLANO, L., *El pensamiento vivo de Manuel Bartolomé Cossío*, Buenos Aires, 1945, p. 43.

⁹ CARO BAROJA, J., «El hombre y el educador que fue Cossío», *Manuel B. Cossío y la renovación pedagógica Institucionista* (ponencias presentadas en la Semana de Homenaje Nacional a Manuel B. Cossío), Madrid, 1987, p. 19.

No obstante, la memoria histórica comenzó a reactivarse con motivo del cincuentenario del fallecimiento de Cossío, en 1985. Seminarios, exposiciones, artículos y conferencias promovieron en aquel mismo año y en los siguientes nuevos libros en torno a su figura como una Antología de sus escritos, a cargo de Jaume Carbonell; una biografía de Antonio Jiménez Landi y una revisión de las reformas pedagógicas de Cossío y de los institucionistas en *Un educador para un pueblo*, coordinadas por Alejandro Tiana, Olegario Negrín y Julio Ruiz Berrio -compilación de las ponencias presentadas en la Semana de Homenaje Nacional-; además de nuevas ediciones de sus obras *El Greco* y *Aproximación a la pintura española*, a cargo de Ana María Arias de Cossío. No podemos dejar de tener en cuenta el número considerable de notas necrológicas aparecidas en la prensa española, incluso en los diarios: *La Prensa*, *La Nación*, la revista de la Asociación Patriótica Española con residencia en nuestro país-, *la Revista de Pedagogía*, y obviamente el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. El tono que se respira en estas notas biográficas y de semblanzas es de profundo respeto, cariño sincero hacia quien muchos de sus discípulos llamaron uno de los últimos caballeros españoles debido a su estampa, por su finura y por su profunda austeridad. Ante tantas páginas teñidas de gran admiración -todos puntualizan que siempre se lo llamó el señor Cossío-, una no puede dejar de añorar haber conocido a esta persona tan exquisita. Lo que nos dejó fueron sus obras y su palabra escrita. Una nota que permanentemente resaltan sus discípulos o aquellos que lo conocieron era su disposición para la palabra. Largas y fecundas conversaciones que le robaban el tiempo para la obra escrita. Dice Enrique Lafuente Ferrari, «Los que no han escuchado a Cossío no pueden tener idea de aquella fiesta del espíritu. Su capacidad de síntesis, unida a la lucidez del análisis, el calor encendido, vibrante de su palabra y su facultad de transmisión, a la vez claridad y entusiasmo, eran algo único y estimulante...»¹⁰. No obstante esto, firmó una gran cantidad de artículos en el Boletín de la Institución, y en un sitio muy especial se encuentra su obra crítica sobre el valor y la significación de la pintura de El Greco. Si rastreamos, por así decirlo, su testamento pedagógico, encontramos un artículo «Los principios pedagógicos de la Institución», fechado en 1934, un año antes de su fallecimiento. Este artículo se halla sin firma, pero todo el estilo nos lleva a pensar que se trata de la pluma de Cossío. Allí podemos ver una completa compenetración entre los principios de una Institución a la que ayudó a cobrar vida y que luego, dirigió durante veinte años, tras la muerte del alma mater, don Francisco Giner de los Ríos. Nosotros nos centraremos en tres principios-guías para definir su concepto de educación, la escuela activa, la escuela, neutral y la escuela integral.

El último tercio del siglo XIX se vio afectado por una ola de pedagogismo en toda Europa -ola expansiva que también llega a la Argentina-. Se manifestó de modo decidido la imperante necesidad de educar a los ciudadanos; la educación era

¹⁰ LAFUENTE FERRARI, E., «Homenaje a Cossío», *Manuel B. Cossío y el Museo Pedagógico 1935-1985*, Madrid, 1985, p. 34.

concebida como el instrumento más idóneo para encarrilar a las naciones en la vía del progreso. España, no se encontró ajena a esta corriente, y es precisamente Cossío uno de los encargados de vincularse con los centros pedagógicos más avanzados transpirenaicos y aclimatarlos luego al carácter y a las necesidades españolas. Toda la acción reformadora apuntó a combatir los males españoles que tenían un profundo y antiguo arraigo: la corrupción política que, bajo el régimen de la Restauración aparecía con una faz remozada en caciquismo, el analfabetismo -no sólo instructivo sino también moral-, el dogmatismo, la incultura, la mediocridad.

El sistema educativo que imperaba en España adolecía de innumerables defectos: escasa dotación de escuelas, edificios completamente ajenos a los preceptos que indicaba la higiene -estudio que cobró una singular importancia en la pedagogía de finales del siglo-, insuficiente número de maestros, mal preparados y con una remuneración que rayaba en la más vergonzosa miseria, según atestiguan la multitud de voces que se alzaron para clamar una mayor atención estatal hacia las cuestiones de la instrucción. La metodología al uso se caracterizaba por el verbalismo y el dogmatismo que convertía al maestro en el poseedor de la verdad, verdad que brotaba únicamente de su boca y de los libros de textos que debían ser recitados puntillosamente de memoria. Es evidente que estas prácticas conducían inevitablemente a la atrofia de la iniciativa personal, de la imaginación, de la sensibilidad. Cossío propuso un cambio sustancial: *actividad del niño y presencia viva del objeto de estudio*. ¿Qué significado adquieren estos dos conceptos en el ideario institucionista, y por ende en el pensamiento de Cossío? De aquí se desprende esa metodología tan peculiar que caracterizó a los hombres de la Institución. Una preocupación constante por convertir al niño en el centro de su propio aprendizaje, de manera natural y espontánea y para ello, había que acercarle la vida misma o ir a su encuentro. Es así que la Institución fue pionera en España en la instalación de laboratorios de ciencias naturales, pero sobre todo en llevar la clase a los museos, las fábricas, parques, edificios públicos, monumentos al aire libre, el río, la montaña. No quedó rincón de Madrid sin ser recorrido, investigado por los maestros y los alumnos de la ILE. Nos estamos refiriendo a los paseos y a las excursiones, innovación pedagógica de origen suizo que fue organizada con gran energía y entusiasmo por el maestro Cossío. Consideraba muy acertadamente que las colonias no eran más que otra forma de la misma escuela. Las colonias de vacaciones era una *escuela integral* en el amplio sentido del término, concepto radical en el pensamiento de Cossío. Pues bien, la educación imperante apuntaba incorrectamente al intelecto, Cossío proponía atender al hombre todo, a no privilegiar las facultades mentales, sino a desarrollar armónicamente todas sus capacidades. Precisamente de esto se trataba la escuela integral. Desde esta perspectiva es fácilmente comprensible que fuera una tarea primordial el atender el cuidado de la salud. Las colonias también atendieron a una problemática situación social. En un principio si fueron diseñadas para aquellos niños débiles y carenciados de la ciudad, para combatir «...la funesta acción que sobre la salud ejercen el aire viciado, la mala alimentación de las clases menesterosas, la aglomeración de las familias en viviendas sin ventilación y sin

luz...»¹¹, como nos decía Cossío en un artículo publicado en el Boletín de la Institución; luego se hicieron extensivas a todos los alumnos que quisieron participar.

El juego corporal fue otra novedad que nos trajeron Cossío y Giner de sus viajes a Inglaterra y con ellos, llegó a España la primera pelota de fútbol... El juego constituyó un pilar de su pedagogía, fortalecía el cuerpo pero también desarrollaba no pocos valores humanos: la solidaridad, la camaradería, la disciplina, la veracidad, la lealtad. Así, el carácter que le imprimió Cossío a estos juegos y paseos trascendía el mero desarrollo físico que, como ya hemos señalado, era un aspecto no superficial para la educación armónica, integral del nuevo hombre español, talante que él y su maestro Giner estimaban que había sido lastimosamente descuidado, engendrando un tipo de español de débil contextura física. Sumadas a estas razones, el juego y el deporte adquirieron un rango educativo eminente: se transformaron en un medio de educación moral, en suma, en un instrumento idóneo para la educación del carácter. No hubo aspecto de la educación que se hubiese escapado. La colonia era, entonces una ocasión propicia para el cultivo del alma, del espíritu, no se ignoraron monumentos históricos, accidentes geográficos, variedades de minerales, mareas, vientos de las diferentes regiones de España que recorrieron. La colonia ofrecía una infinidad de propuestas que servían de momento apropiado para llamar la atención, provocar la reflexión, despertar la sensibilidad de sus jóvenes alumnos. Curiosamente Cossío, uno de sus primeros artículos, lo tituló «El arte de saber ver», breve título que resumía su pedagogía. Muchísimos elementos atrayentes podríamos citar de este aporte indiscutible que significaron las Colonias de Vacaciones. Baste decir que fue una de las actividades propuestas por la Institución que tuvo mayor difusión y, al mismo tiempo, aceptación por los sectores reacios a las innovaciones proporcionadas por la ILE.

Ya que mencionamos a los círculos de oposición, tenemos que hablar del aspecto que desató las más enconadas protestas, nos referimos al talante religioso del grupo institucionista que con su propuesta educativa laceraba agudamente el espíritu de la España tradicional: la escuela neutral.

Una característica primordial que debemos subrayar de las sociedades del occidente europeo del siglo XIX es la presencia cada vez más dominante del Estado en materia educativa. Se multiplicaron unos esfuerzos encabezados por el Estado para llevar la educación a su ámbito de competencia y sustraer así a la Iglesia una función que le estaba asignada y consagrada por el peso de los siglos. Como un corolario manifiesto se entabló una tensión entre las fuerzas progresistas que reclamaban para sí el derecho de un Estado enseñante, laico, científico y la Iglesia católica que se defendía de esos propósitos secularizadores, reivindicando su misión magisterial; el laicismo se interpretaba como sinónimo de un ataque abierto a la presencia de la Iglesia. Sin embargo, según el nuevo espíritu, el laicismo en el terreno educativo era una consecuencia natural «en cuanto ésta es una condición general de la vida

¹¹ COSSIO, M.B., «Las colonias escolares de vacaciones», BILE, Madrid, 31/VIII/1888, p. 205.

moderna, y también una condición indispensable de toda acción del Estado, dentro de los principios que informan su existencia social»¹², en opinión de Rafael María de Labra, un activo colaborador de la Institución, opinión expresada con motivo del I Congreso Nacional Pedagógico celebrado en Madrid, en 1882.

El estatuto de la Institución ya promovía desde sus inicios la neutralidad en materia educativa, proponía mantenerse al margen de toda corriente filosófica religiosa, política. La consigna era «no perturbar al niño, no anticipar la hora de las divisiones humanas». La pedagogía institucionista no compartía el principio de una enseñanza en un credo determinado, pero sí la necesidad de formar una verdadera conciencia religiosa, de inculcar la tolerancia, «el respeto más religioso para cuantas sinceras convicciones consagra la Historia...» enunciaba Cossío. La tolerancia se manifestó ante todo como una vía para superar los antagonismos exasperados, tan peculiares de la manera de ser hispánica. La escuela no debía invadir las conciencias, sembrando dogmatismos y militancias fanáticas; al contrario, se comprometía a abrir los espíritus a todas las religiones y a sus diferentes manifestaciones históricas. Los institucionistas profesaban un sentido profundamente religioso en la tarea que acometían, un profundo sentido misional, una tentativa de espiritualizar el mundo, de redención del viejo hombre español, para que fuera capaz de convivir con sus semejantes. Proponían un nuevo ideal de vida que no deja de tener resonancias cristianas, en especial del primitivo cristianismo, un sentido de una austera y estricta moral, un espíritu de hermandad. Ante todo en Cossío, la valoración positiva que realizó del cristianismo superaba a la de las otras religiones, en especial por el sentimiento estético que motivaba, por las grandes manifestaciones de arte que brindó a la humanidad.

Sin embargo, las posibilidades reales de una neutralidad en materia religiosa se presentaban con bastantes obstáculos en la época, particularmente en España. La Iglesia acusaba al Estado de ejercer un monopolio docente, y adoptaba sucesivamente una actitud defensiva y luego una decididamente combativa; para lograr que la enseñanza oficial fuera católica, entabló una lucha sin tregua a la enseñanza laica o neutral. Era inevitable que las propuestas pedagógicas de Cossío y del grupo institucionista fueran miradas con recelo y desconfianza pues estaban impregnadas de una sustancia ajena a al sentir tradicional español, un nuevo espíritu que se revelaba bajo una óptica iconoclasta, un movimiento que trastocaba los cimientos del edificio social. Esta cuestión de la enseñanza laica o confesional dividía los campos y restaba tranquilidad en un punto medular de la vida humana, que parecía no dar sosiego a los debates entorno a este tema.

Otro lugar de su lucha por la renovación de la educación española fue el Museo Pedagógico. En 1882 Cossío fue designado director de este centro, cargo que desempeñó hasta su jubilación en 1929. Allí contó con la colaboración de un puñado

¹² LABRA, Rafael María de, *Actas de las sesiones del Congreso Nacional Pedagógico*, Madrid, 1882, p. 31.

de hombres que resultaron eficacísimos en sus tareas, hombres con los que compartía el mismo celo y amor por los problemas de España; me refiero a Rafael Altamira y al muy joven Lorenzo Luzuriaga. El Museo Pedagógico constituyó otro de los avances europeos que Cossío incorporó a la realidad educativa española en post de una revitalización de los sistemas pedagógicos a través de la difusión de nuevas metodologías, materiales de enseñanza y, ante todo, el Museo se dedicó muy especialmente a la tarea de perfeccionar a los maestros, que, por otra parte, constituyó el motivo central de su nacimiento. Los fondos de la biblioteca eran riquísimos en cuanto a todo lo relacionado con la Pedagogía y el magisterio. Es comprensible tanto celo por la renovación y actualización de los maestros si tenemos en cuenta dos aspectos; por un lado, Cossío estaba convencido de que la escuela era el maestro, un buen maestro era capaz de sostener el andamiaje educativo; por otro lado, no podemos olvidar que la preparación pedagógica de un maestro de aquel tiempo dejaba mucho que desear, su idoneidad profesional se reducía a un *minimum* de nociones científicas y didácticas, éstas quedaban ceñidas a procedimientos de tipo mecánico y memorístico. En ese desierto intelectual una nutrida biblioteca venía a remediar tantas carencias; pero sobre todo, debemos considerar al Museo como un centro de investigación y enseñanza como lo demuestra también la serie de cursos y conferencias que organizaba. Pasaron por sus salones de conferencias figuras de la magnitud de Ortega y Gasset, Américo Castro, Emilia Pardo Bazán, Segismundo Moret, siendo ministro de Estado. En calidad de profesores visitantes acudieron al Museo personalidades extranjeras; es ésta una clara señal de las excelentes relaciones que mantenía su director con los centros europeos de vanguardia pedagógica. Si atendemos a las palabras de Lorenzo Luzuriaga, el Museo fue «el Instituto Pedagógico en el que se han formado o perfeccionado los mejores educadores de España en los últimos cincuenta años anteriores a la situación actual»¹³, en alusión a la situación previa a la Guerra Civil Española. En fin, el Museo Pedagógico representó otro de los avances donde Cossío dejó parte de su generosa alma.

Ya hacia el fin de sus días, en tiempos de la II República, alcanzó a dar aliento a uno de sus más antiguos sueños, las Misiones Pedagógicas. A simple vista tomaron el modelo de las misiones cristianas, de aquellos misioneros que recorrían las parroquias rurales predicando la fe. Las Misiones Pedagógicas propagaban la buena nueva de llevar la cultura al campo, a los pueblos más apartados de las grandes urbes. Este antiguo proyecto cuenta con el antecedente del apoyo brindado por Rafael de Altamira cuando fue nombrado Director General de Primera Enseñanza en la primera década del siglo; pero finalmente, en 1931 se institucionalizaron con la creación del Patronato de las Misiones Pedagógicas, bajo la presidencia del señor Cossío.

Una de las grandes preocupaciones de Cossío fue la educación rural, la educación de los pequeños pueblitos de España, alejados de los focos de cultura que

¹³ LUZURIAGA, L., *La Institución Libre de Enseñanza y la educación en España*, Buenos Aires, 1957, p. 193.

irradiaban las grandes ciudades. Se preguntaba quién les hablaría a esa gente campesina, pueblerina, alguna vez en su vida, de un soneto de Calderón, de una pintura de Velázquez; como podemos apreciar, su íntima vocación estética no podía escindirse nunca de su oficio de maestro. Es así que con el apoyo del gobierno republicano logró organizar estas escuelas ambulantes de las Misiones Pedagógicas. Las Misiones representaban para Cossío una obra de justicia, un derecho de acceder a la cultura para todos los españoles, es decir, el fundamento de las mismas, puesto que «...no hay motivos para que por justicia social igualmente no se exija que llegue a los últimos rincones de las chozas, allí donde la oscuridad tiene su asiento, una ráfaga siquiera de las abundantes luces espirituales de que tan fácil y cómodamente disfrutaban las urbes. Por esto, como obra de justicia social han de fundamentarse las Misiones»¹⁴. En esta vía de brindar una igualdad de oportunidades culturales, la educación cívica en las aldeas no dejaba de constituirse en uno de los puntos sobresalientes de las Misiones. Al gobierno republicano le interesaba profundamente la formación del pueblo según los principios democráticos. Con este objeto se organizaban reuniones y lecturas donde se impartía educación cívica. También se formaron grupos para tratar temas tales como la sanidad en el ambiente rural, el mejor aprovechamiento del campo, el cuidado del ganado.

Con su salud ya quebrantada, podemos observar una foto que refleja a un anciano de barba blanca, afilada, apoyado en dos bastones, asistiendo a la que fuera su última aparición pública, en la Misión que se estaba desarrollando en la plaza de Bustarviejo, y, con plena conciencia de estar aplicando una didáctica juglaresca denominó, con indisimulable orgullo a los jóvenes universitarios misioneros «Sois el juglar, el menestral que divertía al pueblo en corrillos por caminos y plazas de aldea»¹⁵. Justamente esa era la esencia de la Misión, la difusión de la cultura a través de la diversión, del ocio, del esparcimiento, de manera espontánea, libre y ocasional. Se trataba pues, de hacer abrir los ojos, agujonear la curiosidad y descubrir una vida distinta y más digna a todos aquellos pobladores de los campos de España, llevándoles distracción y un poco de alegría. Para volcarse a ellas reclamaba un espíritu entero, fresco, sencillo; poseer una devoción para llegar al espíritu de la gente humilde, desterrando la actitud de «señorito de ciudad», frívolo y jactancioso, encarando su actividad como un mero pasatiempo; recomendaba una disposición de entrega total ya que, en el pensamiento de Cossío, «Nada hay más esencial en el misionero que el serlo continuamente cuando se halla en funciones. Y en ellas debe estar desde que entra hasta que sale de la aldea»¹⁶. De tal manera, de pueblo en pueblo, llevaban la representación de obras de teatro que contaron con la colaboración de Alejandro Casona, quien se desempeñó como director del Coro y Teatro del Pueblo, y de Antonio Machado, gran amigo de los institucionistas desde hacía ya largos años.

¹⁴ COSSIO, M.B., *Las Misiones Pedagógicas*, BILE, 31/V/1934, p. 97.

¹⁵ COSSIO, M.B., *En el tercer aniversario del Teatro y Coros de Misiones Pedagógicas*, BILE, 30/VI/1935, p. 121.

¹⁶ COSSIO, M.B., *Las Misiones Pedagógicas*, BILE, 31/V/1934, p. 101.

El servicio de los coros musicales atraía a las multitudes con canciones y romances. Con el propósito de incrementar el conocimiento de los grandes maestros de la música, la Misión había formado colecciones de discos con los clásicos y obras de autores españoles como Albéniz, Falla, y así como ejemplos de la lírica regional que tanto deleitaba a los oyentes. En 1934 el Patronato tenía repartidos alrededor de setenta gramófonos en las escuelas de los distintos pueblos para hacer posible la frecuencia de las audiciones.

El Museo circulante de pintura era llevado a los pueblos cabecera de comarcas. A veces, cuando estaban de fiesta por medio de gramófonos y altavoces se buscaba atraer la atención de los campesinos de los pueblos circundantes para que pudieran disfrutar de la exposición. Este Museo Circulante contaba con copias de cuadros existentes en el Museo del Prado, obras pertenecientes a los grandes maestros de la pintura española: Berruguete, El Greco, Velázquez, Murillo, Goya. Una vez presentado al público por los misioneros, con las debidas explicaciones, quedaba en permanencia por algún tiempo. Esta muestra era acompañada también por manifestaciones de las artes populares por las que Cossío sentía una especial predilección. Esta es una auténtica deuda de revalorización de las artesanías españolas que se debe a Cossío. Tanto él como Giner y muchos de sus colaboradores contribuyeron a tonificar el agrado por las artesanías locales. Sus hogares estaban decorados con un gusto y una pulcritud exquisita, lo cual no representaba un punto anecdótico sino que era una nota esencial a la manera de ser institucionista, dado que en su concepción ética la apariencia externa reflejaba el sentir de un alma noble y cultivada. Ellos incorporaron a la decoración este cúmulo de tapices, cacharros y cerámicas de Talavera que eran menospreciados por la burguesía adinerada de entonces.

Uno de los más importantes servicios que brindaron las Misiones fue la creación de bibliotecas populares destinadas para adultos y para niños. Uno de sus objetivos era la lucha contra el analfabetismo, pero en el íntimo designio de Cossío estaba en «...despertar el amor a la lectura, llevando libros a las gentes, a aquellas que ahora no van ni irán ya a la escuela, y haciéndoles con la lectura en alta voz... gustar los placeres que los libros encierran»¹⁷. La memorias de los años 1932 y 1933 nos indican que las preferencias de los niños eran los cuentos de Grimm, Andersen, las novelas de aventuras de Verne, Swift. Los adultos se inclinaban fundamentalmente por novelas, siendo los autores más solicitados Galdós, Valera, entre los clásicos, Quevedo, Cervantes, Víctor Hugo, Dickens. Los poetas más leídos eran Bécquer y Antonio Machado, así como *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez¹⁸. El beneficio de estas biblioteca se extendió por numerosos pueblos según indica la memoria de las Misiones Pedagógicas, redactada por Cossío. Entre 1932 y 1934 se concedieron casi 4.500 bibliotecas. A pesar de significar una evidente e indiscutible benéfica medida, las bibliotecas desataron algunas vehementes controversias, «donde predominó más

¹⁷ *Ibidem*, p. 99.

¹⁸ PEREZ GALAN, M., *La enseñanza en la II República española*, Madrid, 1975, p. 355.

la pasión política que la objetividad de los argumentos»¹⁹.

La cinematografía ocupó un lugar destacado entre las actividades de las Misiones: era el elemento auxiliar más poderoso de la actuación misionera, atraía a gran número de aldeanos sorprendidos e impresionados por el nuevo invento. Un misionero relataba que en una ocasión los asistentes a una función entraron a correr despavoridos por la aparición de un tren en la pantalla porque se dirigía en dirección hacia ellos. Las películas, en su mayoría, eran documentales de carácter educativo; los mismos misioneros se encargaron de filmar sus propios materiales.

Los misioneros se proponían urbanizar, transmitir la cultura ciudadana; sin embargo, el ensayo comprobó el encuentro de dos culturas. Este experimento marca un rico intercambio entre la masa campesina, que la mayoría de las veces acogía con sencilla alegría a los jóvenes portadores de atractivas novedades; pero al mismo tiempo, como les decía Cossío, iban a recibir más de lo que ellos brindaban, iban a descubrir una España variopinta y cautivante, rica en una cultura popular que les resultaba ignota y lejana hasta entonces. Como dice Carmen Caamaño, una misionera de aquellos años de la década del treinta: «No sabrán nunca estas gentes cuánto nos enseñaron y cómo fueron esos contactos, inolvidables, los principales factores determinantes de nuestra actitud ante la vida»²⁰.

Las Misiones encarnaron una forma de educación no escolarizada para adultos; en síntesis, un intento de comunicación de la cultura difusa en todos los órdenes, una aproximación de la civilización hacia todos los ciudadanos españoles, y, precisamente, la cultura era la herramienta adecuada pergeñada por Cossío para elevar a la categoría de ciudadanos a todos sus connacionales. Por desgracia la Guerra Civil interrumpió esta feliz experiencia, que fue tachada por algunos autores de idealismo incurable, pero consideramos que las grandes empresas son imposibles de acometer sin una gran dosis de nobleza y quijotismo.

Ya hemos mencionado la honda vocación que orientaba a Cossío hacia los estudios de bellas artes, orientación teñida de una fuerte impronta krausista: el krausismo dejará en Cossío una profunda huella en el modo de acercarse a la interpretación estética. Su vida se desarrolló entre estas dos vocaciones: la pedagogía y el arte. La primera le restó tiempo al goce y crítica del arte, pero toda su labor pedagógica reveló una honda tendencia artística; Cossío representó en la obra de la Institución Libre de Enseñanza la valoración de la estética. Su obra acerca de El Greco, es la obra cumbre, fruto de su madurez humana que lo consagró como un excelente crítico de arte. La gestación de esta obra comenzó con el marco de la crisis del fin de siglo español, con el Desastre de 1898, la pérdida de Cuba, el último bastión

¹⁹ OTERO URTAZA, E., «Sentido y alcance de las Misiones Pedagógicas», *Un educador para un pueblo*, Madrid, 1987, p. 240.

²⁰ CAAMAÑO, C., «Las Misiones Pedagógicas», *Manuel B. Cossío y el Museo Pedagógico 1935-1985*, Madrid, Comunidad de Madrid, Consejería de Educación y Juventud, Dirección General de Educación, 1985, p. 30.

de su imperio colonial, señal de una disolución material y espiritual española que venía desde muy lejos; crisis que suscitó cuestionamientos ideológicos y sociales. Sumido en este ambiente, del cual no pudo sustraerse, nos preguntamos por qué eligió la figura de El Greco, pintor incomprendido e infravalorado por largos años, como prototipo de la genuina españolidad. «Castilla es la tierra del realismo en la literatura española»²¹, como afirma Juan Marichal, «...los artistas y los escritores castellanos no han hecho más que reflejar la desnudez de la llanura y el espíritu rígido de sus moradores». El Greco, artista consustanciado con el aire toledano, supo captar en sus telas el espíritu de la raza española, un ambiente de tristeza y melancolía, «es un cuadro real casi vivo de todo lo que ha sido la tierra y la civilización genuinamente españolas»²², donde las notas esenciales de la raza se hallaban palpitantes en el paisaje, en las ciudades, en los pueblos, en los monumentos y en las pinturas. De ahí el afán decidido de rescatar el patrimonio artístico y la labor de enseñar a ver que, como decíamos anteriormente, el arte de saber ver es la suma del pensamiento de Cossío. La mirada hacia el pasado con una óptica inquieta por hallar la raíz de los males, su remedio. Podemos vislumbrar que se trata de una actitud compartida ente los krausistas y la generación del 98, que vivieron unos momentos críticos y decisivos de la historia de España.

Los esfuerzos pedagógicos de Cossío se dirigieron a renovar al hombre español, a la cultura del país a través de manifestaciones muy variadas. A pesar de encontrarse el grupo institucionista en una situación siempre difícil, Cossío se involucró en la reforma de toda la estructura del sistema educativo. A varios años de la formulación de sus proyectos, no podemos dejar de reconocer su formidable vigencia. Pero, ante todo, es digno de destacar el mensaje profundamente humano y estético de Cossío que dieron forma y vida a todas sus creaciones; un humanismo ético y de rigurosa ejemplaridad, «vibrante, de una pieza, como la espada desnuda del guardián caído, en la Resurrección de Cristo, del Greco»²³, según las magníficas palabras de Juan Ramón Jiménez.

²¹ MARICHAL, J., *op. cit.*, p. 146.

²² COSSIO, M.B., *El Greco*, Buenos Aires, 1948, p. 73.

²³ JIMENEZ, J.R., citado por ALVAREZ DE SANTULLANO, L., *El pensamiento vivo de Cossío*, Buenos Aires, 1945, p. 18.